

LA ESTROFA INMORTAL

Como quien vuelve á la febril lectura
de una estrofa de amor interrumpida,
así vuelvo á las horas de mi vida
que llenó de quimeras tu hermosura.

¡Oh, cuán gentil resurge tu figura,
de blanco traje, virginal, vestida;
rubio el cabello, la cabeza erguida,
claros los ojos y la frente pura!

El Azar te devuelve á mi camino,
hoy que de amores y de azares huyo,
víctima negra de infeliz destino.

Y ante el Azar, que de mi amor se mofa,
mi corazón... ¡que dicen que no es tuyo!..
¡¡sigue cantando la inmortal estrofa!!

CANTOS Y CANCIONES

CANTO Á MI TIERRA

A mi hermano Daniel de Yturralde.

¡Tierra mía! ¡Madre mía,
de mi amor! ¡Andalucía!
¡Oh, verjel de los verjeles!
¡Encantada fantasía
de cristianos y de infieles!
 ¡Hija hermosa,
en un raptó de poesía,
de una diosa
caprichosa...
y del sol del Mediodía!
 ¡Oh, venero
de riquezas! ¡Oh, tesoro
de bellezas! ¡Oh, mi encanto!
 ¡Yo te quiero!
 ¡Yo te adoro!

¡Yo te canto! ¡Pobre canto!
 No lo acojas con desvío
 porque es mío
 y en mi amor á ti confía.
 ¡Con el alma te lo envío,
 madre mía!

Pienso en ti y en tus amores
 mientras sufro los rigores
 de un invierno
 que parece que es eterno;
 y me abruman los pesares,
 me traspasan los dolores,
 en las márgenes sin flores
 del humilde Manzanares.

...Y en el fondo de la inmensa
 y letal melancolía
 que en el alma se condensa,
 como bruma, gris y fría,
 cada día
 más intensa;
 evocada
 por la fuerza del anhelo
 con que el hombre que padece
 busca un rayo de consuelo,
 á mis ojos aparece

tu visión maravillosa
 de improviso, y crece y crece...
 ¡dilatada y luminosa!,
 y al conjuro
 de tu mágica belleza,
 toda el alma con mi canto
 á vibrar, de pronto, empieza;
 como al rayo de la aurora
 que colora
 desde lejos,
 con la luz encantadora
 de sus límpidos reflejos,
 la enramada
 por mil aves habitada,
 desde el fondo de los nidos
 removidos
 por amantes aleteos,
 de repente
 se difunde en el ambiente
 un torrente
 de gorjeos!!

Ya no lloro, no suspiro.
 Ya te miro,
 con el gozo del amante
 que, después de la jornada
 fatigosa y prolongada,

torna al seno palpitante
 de su amada.
 Ya te miro,
 y en mi amor á ti me inspiro,
 —¡oh, verjel de los verjeles,
 encantada fantasía
 de cristianos
 y de infieles!—
 desde el árido paraje
 de las cumbres de la sierra
 que dan fuentes á tus ríos
 y linderos á tu tierra,
 poderosos y bravíos,
 hasta el fondo, siempre en guerra,
 de arrecifes y bajíos,
 en las costas de tus mares,
 ¡al través de tus campiñas,
 salpicadas de olivares
 y de viñas!

¡Salve, reina destronada,
 hermosísima Granada,
 tú, la hurí de las huríes,
 que enloqueces
 á los míseros mortales
 si amorosa les sonrías,

entreabriendo los corales
 de tus labios carmesíes!
 Salve, Córdoba, sultana,
 musulmana,
 que dormitas
 á la sombra
 de la cruz de tus ermitas,
 en la alfombra
 de tus campos, y despiertas
 á los cánticos de amores
 de los pájaros cantores,
 moradores
 de las frondas de tus huertas!
 Salve, Cádiz, desgraciada,
 tú, la fiel enamorada
 y el amor del mar grandioso,
 que te arroba los sentidos
 con arrullos reprimidos
 y rugidos
 de coloso;
 que sedienta de los besos
 de sus olas,
 que se rompen á tus plantas,
 te adelantas
 de las tierras españolas
 hacia el mar, y al fin, á solas
 con el mar, y en su regazo,

te confías
 y te entregas á su abrazol
 Salve, Málaga, que sueñas
 adormida por las coplas
 de las dulces malagueñas;
 perla rica; peregrino
 dón feliz, del mar latino
 que á tus blancos pies se abate;
 ¡suelo fértil... para el vino!
 ¡cielo fértil... para el vatel
 Salve, mágica Sevilla,
 maravilla
 de bellezas y primores;
 tú que das al ancho río
 que se acerca á ti, diciendo
 tu bondad, tu poderío,
 tu saber,—y que se queja
 de dolor, cuando se aleja
 hacia el mar, porque te deja,—
 más que orilla, á cada lado
 de su cauce dilatado,
 vistosísima guirnalda,
 de colores
 y de aromas, con tus flores,
 y que elevas tu Giralda,
 caprichosa y arrogante,
 centinela vigilante

de tu honor, y de tu historia
 que es honor del mundo entero,
 como heraldo, pregonero
 de tu gloria!
 ¡Campos ricos
 de Jerez, donde se cría
 vino excelso, que pelea
 su color con el del oro,
 su sabor con la ambrosía!
 ¡olivares de Montoro
 y parrales de Almería!
 ¡Salve, salve, tierra mía!,
 ¡todal, ¡toda Andalucía!,
 con sus costas y sus mares,
 y su vegas y sus ríos;
 sus cantares
 ya risueños, ya sombríos;
 sus leyendas de querer
 y de celos, cuasi moras;
 sus bellísimas mujeres,
 tentadoras:
 las garridas malagueñas,
 alto bien en lid de amores;
 más hermosas, más risueñas
 que la luz sobre las peñas,
 ó las olas, ó las flores;
 las alegres gaditanas,

tan nerviosas y tan finas;
 las lozanas
 y arrogantes granadinas;
 las graciosas cordobesas,
 las gentiles sevillanas;
 las morenas jerezanas,
 medio inglesas
 y á la vez medio gitanas...
 ¡Salve, salve, Andalucía!
 Tú, Poesía!
 Tú, Alegría!
 Tú, torrente de colores!
 ¡Explosión de resplandores
 de la luz del Mediodía!
 ¡El amor de mis amores!
 ¡¡Madre mía!!

LA MAJA DE LOS SAINETES

¡Paso á la maja hermosa, la flor y nata
 del pueblo del sainete, puro y castizo;
 la que á tantos aturde, la que arrebató
 con su imán á los hombres y con su hechizo;
 la que, envuelta en las ondas de la mantilla,
 que es marco de su cara, fresca y graciosa,
 cruza de calle en calle la alegre villa,
 con talante de reina, con faz de diosa;
 con su falda ceñida, de medio paso,
 para que se atortolen sus madrileños;
 con sus finos chapines de terso raso,
 que aprisionan y calzan sus pies pequeños;
 con el talle y el busto lleno de flores,
 sus únicas rivales sobre la tierra;

con sus labios, que ríen, pidiendo amores;
con sus negros ojazos, *pidiendo guerra!*

La persiguen, la acosan, á los reflejos
de la luz que se escapa de su figura,
¡sus hombres! sus galanes ó sus cortejos,
los mil adoradores de su hermosura;
cuantos al lado suyo gozan y alientan;
cuantos en torno suyo sus galas miran,
sus donaires ensalzan, sus glorias cuentan,
y en su amor, que es de fuego, su amor inspiran.
¡Pueblo de los sainetes, eternizado
por el gran sainetero, y ennoblecido!
El airoso chispero, tan bien plantado,
y el manolo de rumbo, tan bien vestido;
el guapo macareno jacarandoso,
prendado de sus dichos y de su porte;
el oficial de Guardias, presuntuoso;
el alcalde ladino de Casa y Corte;
el escribano aleve, y el mal tendero
que á las artes de Caco pone remate,
y el bailarín, y el paje, y el botillero,
y el sagaz rapabarbas, y el fino abate,
más la turba famosa de petimetres,
con tantos requisitos acicalados;
de ropas aromadas, turbios caletres,
modales indigestos y remilgados,

ojos de que el orgullo se enseñorea...,
prodigios, en resumen, de tal finura,
que es milagro que el viento, si los orëa,
no los quiebre de pronto por la cintura.

¡Paso á la majal ¡Paso! ¡Miren su talle!
¡Miren su cuerpol ¡Miren su cara hermosa!
Chisperos y manolos: abridle calle
y tended á sus plantas la capa airosa.
Que sus ojos la miren; sus dos portentos.
Que con sus pies la huelle, pies tentadores.
Como á su paso brotan flores á cientos,
la libraréis del paso llena de flores.
Es ella, con sus gracias tan españolas,
de majezas y rumbos pródiga suma;
es ella, de manolos y de manolas,
espuma de su pueblo, la sal de espuma;
tan feliz en sus jiras, las populares,
en que bulle, del gozo, su sangre roja,
por los sotos alegres que Manzanares
con sus ondas humildes apenas moja;
tan gentil en sus bailes, fiestas bizarras,
en sus casas vetustas de los Madriles,
¡al són de las vihuelas y las guitarras!
¡con luces de velones y de candiles!

Más que todo el encanto de sus ternuras,
vale de sus arrestos la bizarría;

más que por el encanto de sus hechuras,
vence por el hechizo de su alegría.

Si ha de querer á un hombre, querer eterno.
Si olvidarlo, borrarlo de la memoria.
Para sus amarguras, quiere el Infierno;
para sus ilusiones, quiere la Gloria.

Y así va, tan alegre; por la desgracia,
por el mal, por el hombre, nunca vencida;
con su cara de cielo, flor de la gracia;
con su cuerpo de rosas, flor de la Vida.

Y así va por el mundo; señora y reina,
que rinde y esclaviza con dulces lazos.
El hombre zalamero... que la despeina,
ya no quiere más trono que el de sus brazos.

Con querer... sin ellos; con los sentidos
trastornados ó en calma; triste ó risueña,
sus encantos famosos, reproducidos,
hoy nos da, con los suyos, la madrileña.

El tipo de la maja préstale forma;
por él, y en el arroyo, de nuevo crece;
con su clásico rumbo, que se transforma,
pero no, porque cambia, desaparece.

¡Paso á la maja! ¡Paso! ¡Miren su talle!
¡Miren su cuerpo! ¡Miren su cara hermosa!
Manolos y chisperos: abridle calle
y tended á sus plantas la capa airosa.

¿Dónde Abril más florido que sus abriles?
¿Quién su amor, cuando pasa, no la somete?
¿Quién, con grandes ensueños, los juveniles,
la gloria de su abrazo no se promete?
¡Vitor, la buena moza de los Madriles,
Musa del sainetero, Sol del sáinetel

A MEDIA VOZ

MADRIGALES

Amor de mis amores;
 en el jardín de Amor, flor de las flores:
 conviértase mi voz en un murmullo,
 para que llegue á ti como un arrullo.
 Como arrullo quisiera
 que mi acento sonara,
 de ritmo dulce, de cadencia clara;
 caricia de los céfiros, ligera;
 caricia temblorosa, que pasara
 como pluma de cisne por tu cara;
 ¡pluma de cisne, leve,
 blanca y fina á la par; pluma de nieve!
 Arrullo, si mi arrullo te conmueve,
 que llegara á tu oído

sólo de ti sentido;
 con halagos de aroma,
 con el latir de un pecho de paloma.

Deja que al fin me mire
 en los claros espejos de tus ojos;
 que entre tus labios rojos
 tu puro aliento sin cesar respire;
 para que pueda el alma conmovida
 beber tu aliento, respirar tu vida.

...Y en tanto prendo y ciño
 tu talle virginal, lánguidamente,
 —mariposa de amor, toda cariño,—
 deja que en tu alba frente
 se pose un beso de mi amor vehemente.
 Si entre tus labios se posara, fuera
 como una mariposa
 que el grato filtro del amor bebiera
 sobre un capullo de encendida rosa.

Deja que mi suspiro
 feliz se enrede, con liviano giro,
 por el sutil y ensortijado vello,
 niebla sutil en tu divino cuello...

Vuelve á mirarme ahora,
 y espire yo á tus pies, ¡oh encantadora

viviente imagen de la estatua griega,
como la Noche que, al morir, se entrega
á los pies sonrosados de la Aurora.

¡Qué hermosa estás! En lánguida postura;
con gesto amable de infantil audacia...
Es una flor tu cuerpo, bella y pura,
con la doble hermosura
de la belleza corporal: su hechura,
y del aroma embriagador: tu gracia.

¡Qué hermosa estás! Con nimbo de inocencia;
destacando tu cuerpo de Sibila
sobre la vaga y dulce transparencia
de la tarde tranquila...
Mírame así, mi encanto.
Mírame así, y en la adorable calma
de estas horas de amor suene mi canto...
Mirémonos: besémonos, en tanto,
¡con un beso de luz! ¡alma con alma!

EL TRASATLÁNTICO

Cortando las aguas—con rápido empuje,
dejando en las aguas—blanquísima estela,
el negro y enorme—vapor trasatlántico
su ruta prosigue,—señor de la mar.

La noche es tranquila.—Los soplos del aire
las trémulas ondas—apenas conmueven,
y arriba, en los cielos,—redonda, muy alta,
la luna difunde—su azul claridad.

La mar está llena—de vivos reflejos.
Sembrada parece—de puntos brillantes.
La luz de la luna,—serena, magnífica,
la esmalta con tonos—de nácar y azul.

La brisa voluble,—rozando las ondas,
mil chispas en ellas—enciende y apaga,
y el buque grandioso,—cuajado de luces,
desprende á su paso—regueros de luz.